AÑO L — Sábado 15 de Enero de 1910 — NUM. 14.487

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 íd.—En el Extranjero: Tres meses, 10 íd —Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.° ó 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, *Mr. A. Lorette*, 14 rue Rougemont; *Mr. Jhon F. Jones*, 31 Faubourg Montmartre.

La correspondencia al Administrador

El Alcantarillado

La Empresa que tiene á su cargo las importantes obras del alcantarillado de Cartagena, sigue sus trabajos con admirable regularidad y completa exactitud.

Se había dicho que á primeros de año darían principio las obras de los 1 y 2 y con efecto el día tres del actual comenzaron las excavaciones para el colector 1 de la calle de la Serreta y el 2 de la calle del Carmen.

También dieron principio en el mismo día las obras del vertedero de la calle Real, cumpliéndose de este modo en todas sus partes los ofrecimientos de la Empresa y los deseos de la opinión que ansía ver terminadas tan importantes obras.

Nuestros colegas locales y también EL ECO al dar cuenta de la ejecución de las obras del colector de la calle de la Serreta, han manifestado que las excavaciones han producido el agotamiento de las aguas de los pozos de las calles de la Serreta y Macarena y precisamente en lo que conviene y lo que nos hace pensar en que si el subsuelo de Cartagena, por algunos puntos, tiene aguas á cuatro ó cinco metros de profundidad y esas aguas se utilizan aun cuando no sea más, que para el lavado, no debe extrañarnos que la mortalidad sea desgraciadamente mayor aquí que en otras poblaciones.

Esas aguas han de llevar, forzosamente el gérmen de muchas enfermedades y su uso es un peligro constante para la salud pública.

Por fortuna estas deficiencias de la higiene desaparecerán con el alcantarillado, que además traerá consigo el surtido abundante de aguas que aun cuando no sean para beber, servirán para los demás usos de la vida y estarán por su económico precio y su abundancia al alcance de todas las familias.

El sueño de los higienistas respecto á Cartagena, la aspiración de todos se realizará muy en breve y nuestra ciudad ocupará pronto uno de los primeros puestos entre las poblaciones de España que cuidan de la higiene pública.

Facilitar la vida en todas sus órdenes debiera ser la primera de las obligaciones de toda Autoridad y sin embargo en Cartagena parece que ha sido siempre y sigue siendo ahora lo último en que se ocupan los Alcaldes y los Ayuntamientos.

La vida no puede ser más difícil para este vecindario y sus clases más dia y obrera carecen de toda garantía, de todo cuidado por parte de aquellos que son los llamados á protejerlas.

Empezando por las viviendas y terminando por la fosa en que han de reposar los restos de los que fueron, nada está en relación con la fortuna ó la posición social de cada uno.

Se come muy mal, muy caro y con escasez.

Se habita en casas tambien caras y malas.

Las diversiones son pocas y como todo, cuestan más que en otras poblaciones.

Y á todo esto si á cualquier vecino se le ocurre un servicio de carácter municipal, no se le trata bien y se le dificulta su gestión.

No sabemos que es lo primero de todo cuanto necesitamos que se haga.

Puede ser el problema de las casas baratas y en condiciones higiénicas, lo que debe constituir el número 1 del programa.

Puede también considerarse como primero la higiene pública.

No debe relegarse á segundo término la salubridad de los comestibles y su justo precio en venta.

Pero lo que no debe repetirse, lo que no tiene nombre ni puede tolerarse, es el hecho que presenciamos hace algunos días en las Puertas de Murcia, donde un carnicero arrojó á la calle una cantidad de chuletas de carnero, porque la mujer que las había adquirido comprobó la falta en el peso y no quiso admitir una *pilfrafa* que como complemento del peso le entregaba.

Y no le valieron reclamaciones y las chuletas le fueron arrojadas á la cara por el carnicero y lo que es peor Sr. Alcalde... no le devolvió el dinero.

Ya seguiremos hablando acerca de este socorrido lema que es como decimos al principio *manantial que no se agota*.

H.

La cuestión de siempre

Manantial que no se agota es para los periódicos locales el tema siempre de actualidad de las subsistencias.

Supersticiones de artistas

Los cómicos ingleses conservan gran número de supersticiones á cual más especiales.

Las plumas de pavo real, por ejemplo, han de ser desterradas de todos los teatros porque traen desgracias.

En enero de 1890 se representaba en el teatro Drury Lane una pieza, en cuyo primer acto salía una procesión de los Dioses de Olimpo, en la que figuraba Juno con su pavo real.

Toda la compañía se sublevó contra la intrusión de aquel gallináceo en escena, no saliendo más remedio que suprimirlo.

Cuando se inauguró el teatro del Príncipe de Gales, muchos cómicos se sintieron repentinamente todos puestos.

La culpa la tuvo el tapicero, que había forrado los sillones con una tela que tenía estampadas varias plumas de pavo real.

El director mandó arrancar enseguida aquellas telas y se les pasó la indisposición.

Un cómico que durante un ensayo ponga su paraguas encima de la concha del apuntador, hace fracasar la pieza. No habrá nadie que quisiese tomar parte en una representación en que un actor tuviese que presentarse en escena con un paraguas abierto. Un músico que toque un clarinete amarillo, hace fracasar la ópera que se ensaya. Un actor que se ponga zapatos nuevos el día en que se estrene un papel, destruye el efecto de este, á menos que se los cambie de pie, esto es, que se ponga el del derecho en el izquierdo y viceversa, pues en este caso tiene asegurado el éxito.

Todo artista conserva como un talismán los zapatos con que ha debutado en escena, y no hay miedo de que se olvide de ponérselos cada vez que estrena un nuevo papel. Dícese que Adelina Patti conservó mucho tiempo esta preocupación, y se ponía los mismos zapatos pesados de moda que llevaba el primer día que salió á las tablas.

Las granadas de mano

)(:)(—

El «Royal Engineers Journal» dice que en Inglaterra no están muy satisfechos con sus granadas de mano, con las que se han hecho y se están haciendo gran número de experiencias. La misma revista describe una granada que ha usado el Ejército en las últimas maniobras.

Tiene las paredes de madera, y su trazado es semejante al de las que los japoneses emplearon después del combate de Mukden. Tienen espoleta de percusión y una carga de pólvora negra de 30 gramos.

La guerra ruso-japonesa ha venido á demostrar la gran importancia de las granadas de mano.

En el sitio de Port Arthur fueron empleadas por primera vez por los japoneses. Los rusos trataron de imitarlos; pero como no había tiempo para estudios, procuraron aprovechar los cuerpos de los shrapnels, que municionaban los japoneses en gran escala, y las vainas de los cartuchos metálicos de su artillería.

Dentro de cada cuerpo colocaban dos petardos de algodón pólvora, con unos tacos para asegurarlos; uno de los petardos tenía una cápsula de fulminato de mercurio, unida á 10 centímetros de salchicha Bickford. Encendían la mecha y lanzaban la granada sobre los del asalto.

Los cartuchos metálicos de las municiones de artillería eran cargados con 600 á 1 000 gramos de explosivo Simpson ó Buckaronk, que era una substancia de fabricación muy sencilla. La substancia explosiva estaba cubierta con una cámara protectora de alquitrán, provista de cápsulas de fulminato de mercurio y de salchicha Bickford.

Los rusos, durante el sitio de Port Arhur, preparaban diariamente 1.000 granadas y 2.500 cuando trabajaban de noche. Durante el sitio, fabricaron 18.000.

Las granadas japonesas eran más perfectas que las rusas, pero éstas sacaban mejores resultados en su empleo, porque la granada de mano es esencialmente defensiva.

Tenían granadas esféricas de cinco centímetros de diámetro, provistas de espoleta de percusión, pero cuyo funcionamiento no es perfectamente conocido.

Debían pesar, próximamente, 1.000 gramos, y las lanzaban, por lo regular, á mano; pero también empleaban morteretes de madera, que los soldados de infantería transportaban rápidamente hasta 50 metros de las trincheras enemigas.

Además de estas granadas poseían otras con un mango de madera para arrojarlas, estando cargadas de shimosita.

CUENTO DEL SABADO

EL MIEDO

Ese largo y angustioso escalofrío que parece mensagero de la muerte, el verdadero escalofrío del miedo, sólo lo he sentido una vez. Fué hace muchos años, en aquel hermoso tiempo de los mayorazgos, cuando se hacía información de nobleza para ser militar. Yo acababa de obtener los cordones de Caballero Cadete. Hubiera preferido entrar en la Guardia de la Real Persona, pero mi madre se oponía, y siguiendo la tradición familiar fuí granadero en el regimiento del Rey. No recuerdo con certeza los años que hace, pero entonces apenas me apuntaba el bozo, y hoy ando cerca de ser un viejo carlista.—Antes de entrar en el regimiento, mi madre quiso echarme su bendición. La pobre señora vivía retirada en el fondo de una aldea, donde estaba nuestro Pazo solariego, y allá fuí sumiso y obediente.

La misma tarde que llegué mandó en busca del prior de Brandeso para que viniese á confesarme en la capilla del Pazo.

Mis hermanas María Isabel y María Fernanda, ahora creo que viejas, bajaron á coger rosas al jardín, y mi madre llenó con ellas los floreros del altar. Después me llamó en voz baja para darme su devocionario y decirme que hiciese examen de conciencia.

—Vete á la tribuna, hijo mío... Allí estarás mejor...

La tribuna señorial estaba al lado del Evangelio, y comunicaba con la biblioteca. La capilla era húmeda, tenebrosa resonante.

Sobre el retablo campeaba el escudo concedido por ejecutorias de los Reyes Católicos al señor de Bradomín, Pedro Aguilar de Tor, llamado el «Chivos» y también el «Viejo». Aquel Caballero estaba enterrado á la derecha del altar: el sepulcro tenía la estátua orante de un guerrero.

La lámpara del presbítero alumbraba día y noche ante el retablo, labrado como joyel de reyes: los aureos racimos de la vid evangélica parecían ofrecerse cargados de fruto. El santo tutelar era aquel piadoso Rey Mago que ofreció mirra al Niño Dios: su túnica de seda bordada de oro, brillaba con el resplandor devoto de un milagro oriental. La luz de la lámpara, entre las cadenas de plata, tenía tímido aleteo de pájaro prisionero como si se afanase por volar hacia el Santo.

Mi madre quiso que fuesen sus manos las que dejasen aquella tarde á los pies de Rey Mago los floreros cargados de rosas, como ofrenda de su alma devota. Después, acompañada de mis hermanas, se arrodilló ante el altar. Yo desde la tribuna solamente oía el murmullo de su voz, que glosaba moribunda las avemarías; pero cuando á las niñas les tocaba responder, oía todas las palabras rituales de la oración.

La tarde agonizaba, y los rezos resonaban en la silenciosa oscuridad de la capilla, hondos, tristes y augustos, como un eco de la Pasión. Yo me adormecía en la tribuna. Las niñas fueron a sentarse en las gradas del altar; sus vestidos eran albos como el lino de los paños litúrgicos. Yo sólo distinguía una sombra que rezaba bajo la lámpara del Presbiterio; era mi madre; sostenía entre sus manos un libro abierto y leía con la cabeza inclinada. De tarde en tarde, el viento mecía la cortina de un alto ventanal, y entonces veía en el cielo, ya oscuro, la faz de la luna, pálida y sobrenatural, como una diosa que tiene su altar en los bosques y en los lagos...

Mi madre cerró el libro dando un suspiro, y de nuevo llamó á las niñas. Ví pasar sus sombras blancas á través del presbiterio y columbré que se arrodillaban á los lados de mi madre. La luz de la lámpara temblaba con un débil resplandor sobre las manos, que volvían á sostener abierto el libro. En el silencio, la voz leía piadosa y lenta. Las niñas escuchaban, y adiviné sus cabellos sueltos sobre la albura del ropaje, y cayendo á los lados del rostro iguales, tristes y nazarenas. Habíame adormecido, y de pronto me sobresaltaron los gritos de mis hermanas. Miré y las ví en medio del Presbiterio abrazadas á mi madre. Gritaban despavoridas. Mi madre las asió de la mano y huyeron las tres. Bajé presuroso. Iba á seguirlas; y quedé sobrecogido de terror. En el sepulcro del guerrero se entrechocaban los huesos del esqueleto.

Los cabellos se erizaron en mi frente. La capilla había quedado en el mayor silencio, y oíase distantemente el hueco y medroso rodar de la calavera sobre su almohada de piedra. Tuve miedo como no lo he tenido jamás, pero no quise que mi madre y mis hermanas me creyesen cobarde, y permanecí inmovil en me-

sea hipócrita, cualquiera aprende pronto cuando se da con ciertos preceptores.

Mad. Barrosa.—Pero... formalmente: V. cree que Estefanía le ha... vamos... V. piensa que...

Mad. de Bel Salmón.—Yo creo, yo creo que tengo que ser más severa y que debo vigilar lo que pasa en mi casa.

Mad. Barrosa.—Y nosotros la ayudaremos á usted, amiga mía.

Mad. de Bel Salmón (después de reflexionar un rato).—Supongo que no nos habremos equivocado.

Todos.—Ya lo veremos.

Era curioso ver los días que siguieron á esta conversación, cómo espiaban todos con la mirada á Estefanía y á Luciano. Cuando se levantaban de la mesa, Mad. de Bel Salmón se quedaba en el comedor, y desenrollaba las servilletas metidas en los servilleteros para ver si había alguna carta escondida. Si estefanía se levantaba de un sillón para irse á sentar en otro, en seguida corrían á registrar con disimulo el primero que había ocupado. Si Luciano se movía, todos los ojos se clavaban en sus manos. No podía sonarse sin que sospecharan que con el pañuelo iba á sacar alguna esquela del bolsillo. Les parecía que cada carta de la baraja que jugaban cualquiera de los dos, tenía una significación oculta, y un día que Neriot co-

Yo podría explicaros el porqué de lo que os digo, pero esto nos llevaría á una descripción demasiado larga y minuciosa de las pequeñas cobardías del mundo.

Volvamos, pues, al momento en que M. de Cornuet regresó al castillo de Bel Salmón, después de unos días de ausencia, cuando ya Estefanía era objeto de sordas acusaciones.

Quizá sea una empresa superior á mis fuerzas haber querido contar esta historia, porque carece de esas escenas vigorosamente dibujadas en que potencia del hecho sustituye con ventaja á la habilidad del narrador.

Cuando M. de Cornuet llegó al castillo, no hubo denuncias, ni siquiera indirectas contra Estefanía; pero creyó ver en la manera con que le recibieron algo de burla dirigida á su calidad de marido.

Al entrar en el salón, después de haberle saludado, todos fijaron sus miradas en Luciano y en Estefanía, como buscando la emoción que debía producirles la presencia de aquel supremo juez.

Luciano permaneció impasible, pero Mad. de Cornuet pareció impaciente y preocupada. M. de Cornuet siguió por un momento la dirección de aquellas miradas que iban de él á su mujer, y de su mujer á Luciano, y sintió que algo le oprimía el corazón, ¿Era una sospecha? M. de Cornuet tenía

—Pero ¿qué es lo que es verdad?—exclamó madama de Bel Salmón, extremeciéndose de impaciencia.

—¡Cómo, amiga mía!—dijo la señora Barrosa,—¿no lo ha adivinado V. desde el primer día?

—¿Pero qué he de adivinar?

—Pues... que Luciano Neriot anda tras de madama de Cornuet.

Al oir semejante declaración, Mad. de Bel Salmón se quedó asombrada; se había figurado todo menos aquello. Sintió un impulso de rabia contra Luciano, que se prometió hacer pagar á Mad. de Cornuet. Sin embargo, quiso tener pruebas de la abominable intriga de Estefanía, y para que se pueda comprender con facilidad como se forjan las acusaciones con que se pierden las mujeres, vamos á transcribir algunos trozos del diálogo que se entabló en aquella ocasión.

Mad. de Bel Salmón.—¡Cómo! ¿Estefanía escucha las proposiciones de Luciano?

Mad. Barrosa.—Yo no la acuso á ella, sino á él: ese señorito se cree un moderno Lovelace.

Mad. de Bel Salmón.—Luciano tiene demasiado talento para haberse dirigido á semejante tonta sin que ella le haya animado con miradas y con gestos que él ha comprendido perfectamente.